

La belleza de los círculos concéntricos

José Luis García del Busto

Introducción de José Luis García del Busto, Secretario General de la Academia de Bellas Artes, sobre Danza y Cine, previamente a la proyección de “Dancing Beethoven”, de Arantxa Aguirre (2016):

Estoy muy orgulloso de intervenir como presentador de una de las jornadas del espléndido ciclo *Las Bellas Artes en el Cine* que están desarrollando conjuntamente la Filmoteca Española y la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Institución esta que, aunque no incluye a la Danza entre sus Secciones, sí la viene atendiendo –y más que la atenderá– como arte no ya bella, sino bellísima, e indisolublemente vinculada a la Música.

El film que nos ha traído hoy aquí es *Dancing Beethoven*, de Arantxa Aguirre, un amplio documental sobre el trabajo de montaje del espectáculo que se estrenó en Tokyo en 2015: la coreografía de Maurice Béjart sobre la *Novena Sinfonía* de Beethoven. Su autora, muy a su pesar, no está entre nosotros, y el motivo sin duda merece la explicación que, muy escuetamente, les voy a dar: acabando el año 2007 murió en Lausanne Maurice Béjart. Después de medio siglo creando belleza mediante espectáculos coreográficos aclamados en todo el mundo, fácil es imaginar el sentimiento de vacío, de orfandad, que afligió a su compañía de danza... Pero había que mirar hacia delante, era necesario relanzarse, y allí apareció Arantxa Aguirre para realizar un corto, titulado *Un ballet para el siglo XXI*, que inmediatamente tendría su prolongación en el formidable largometraje *Le coeur et le courage*, trabajos ambos de tan fulgurante efecto que, desde entonces, Arantxa se ha convertido en cronista imprescindible de los proyectos artísticos del Béjart Ballet Lausanne que, desde aquel año 2007, dirige Gil Roman. Y éste es el

motivo por el que Arantxa Aguirre no puede acompañarnos hoy aquí, porque se encuentra en Lausanne, donde esta misma semana –fatal coincidencia de fechas– ha comenzado a filmar el trabajo de montaje del próximo espectáculo que presentará el ballet suizo: *Wien, Wien, nur du Allein* (Viena, Viena, solo tú).

No tenemos, pues, a la directora de *Dancing Beethoven*, pero sí tenemos en esta sala Doré a una buena representación del Cine y de la Academia, y creo justificado saludar a un académico de la Sección de Música, Agustín León Ara, que enseñaba Violín en el Real Conservatorio de Música de Bruselas y allí residía, recién casado con Cecilia Rodrigo, cuando, en 1964, la pareja asistió en la capital belga a la histórica “première” del ballet de Béjart sobre la *Novena Sinfonía* de Beethoven, origen de la película que vamos a ver.

Cuando mi maestro Federico Sopeña, en su clase de Historia y Estética de la Música, explicaba a Beethoven, hablaba de que el comienzo de una nueva era de la Música (el paso del Clasicismo al Romanticismo), así como de la Historia (el paso de la Edad Moderna a la Edad Contemporánea), tenía en Beethoven a un paradigma, pues su música encarnaba a la perfección los ideales de un hecho históricamente crucial: la Revolución Francesa de 1789. **Libertad, igualdad, fraternidad.** La **libertad** la ejerció Beethoven decididamente, al rehuir cualquier dependencia que implicara directrices, como las que había sufrido Mozart en Salzburgo al servicio del príncipe-arzobispo Colloredo, o siquiera obligaciones de producción, como las que asumió Haydn al servir a los Esterhazy, familia noble y poderosa en el Imperio austrohúngaro en las décadas finales del siglo XVIII.

La **igualdad** la ejemplificaba Sopeña evocando la tensa relación entre los dos más grandes talentos centroeuropeos de aquella época, Beethoven y Goethe. Goethe tenía como “músico de cabecera” a un compositor

mediocre, Carl Zelter. Todos reverenciaban a Goethe..., pero Beethoven consideraba como un igual a Goethe y a quien fuera, idea que se ejemplifica con la historia –a saber si cierta o “novelada”– de un célebre paseo de ambos genios en el balneario de Töplitz, donde habían coincidido, paseo durante el cual se cruzaron con el Emperador y la Emperatriz y, mientras Goethe se paró, se descubrió y se dirigió pomposamente a ellos, Beethoven prosiguió su camino impertérrito.

Y la ejemplificación de la **fraternidad** en la obra de Beethoven era, naturalmente, la *Novena Sinfonía*, terminada por el genial músico en 1824 y compuesta a partir de la *Oda a la alegría* de Schiller, cuyos versos movieron a Beethoven a introducir la voz humana en el tejido sinfónico.

No había precedentes en cuanto a la inclusión de las voces solistas y el coro en una Sinfonía cuando Beethoven lo hizo en su *Novena*, del mismo modo que Béjart carecía de precedentes en cuanto a coreografiar una Sinfonía cuando ideó su versión danzada de la *Novena* de Beethoven.

Maurice Béjart, para mí uno de los artistas creadores más importantes de la segunda mitad del siglo XX, trabajó sobre la trascendental partitura beethoveniana tras los hitos de *La consagración de la primavera* y el *Bolero*, con la idea clara de servir, no solo a la música, sino también –y acaso especialmente– a sus contenidos expresivos, y muy especialmente a esa alta aspiración de cantar a la fraternidad. Y la excepcional versión de su ballet llevada a cabo por su discípulo, amigo y sucesor al frente de la compañía, Gil Roman, llevó a su culmen esta idea con un ambicioso proyecto en cuya realización se habían fundido dos compañías de danza internacionales, con 80 bailarines de todas las nacionalidades, razas y religiones, integrantes del Ballet de Lausanne y del Ballet de Tokyo, y con la Orquesta Filarmónica de

Israel dirigida por Zubin Mehta, trabajando en Europa (Lausanne) y en Asia (Tokyo) durante casi un año. Los arduos trabajos de preparación, montaje y ensayos de esta producción constituyen a la vez el objetivo documental y artístico de la película de Arantxa Aguirre, que se estructura en cuatro partes, cuatro movimientos, como la propia Sinfonía beethoveniana, o como la sucesión de las cuatro estaciones: I Invierno, en Lausanne; II Primavera, en Tokyo; III Verano, en Lausanne; IV Otoño, en Tokyo.

En cuanto a los cuatro movimientos de la *Novena* y, por tanto, del ballet de Béjart, el primero, *Allegro*, representa “*la lucha del hombre contra el universo y contra sí mismo*”, como se dice en la película. Curiosamente, el tratamiento de este primer tiempo de la obra, en el documental de Aguirre se lleva a cabo después de haberse referido, más o menos ampliamente, a los otros tres movimientos: al cuarto, al segundo y al tercero, en ese orden. Al primero lo sitúa en el centro, en el eje del film, en el que se describe ese misterioso, mágico, inefable comienzo de la obra, visto como una manifestación del nacimiento del hombre, “*la angustia del nacimiento, la angustia cotidiana del despertar*”. El fascinante segundo movimiento es el *Scherzo*, portador de una energía incontenible, exultante. El tercero es un *Adagio* que seguramente habla de tensiones amorosas, con una música de inefable melodismo, casi estática en la que, no obstante, Béjart intuyó, sintió, “vio” el movimiento –que, más que movimiento, es *latido*–, como años más tarde lo vería en el *Adagio* final de la *Tercera Sinfonía* de Mahler, en otro de sus ballets. Y el cuarto movimiento, claro, es la resolución de todas las tensiones expuestas, la explosión de todas las energías acumuladas, el canto a la existencia, a la vida, a la libertad, a la alegría, a la fraternidad... “*Seid umschlungen, Millionem, diesen Kuss der ganzen Welt*”... *Abrazaos, millones, en un beso para el mundo entero...*

En este documental, Arantxa no solo cuenta el montaje de una creación coreográfica sobre la inmortal obra de Beethoven, sino que “lo vive” desde dentro y nos lo hace vivir, exponiendo y profundizando en muchas de las cosas que pasan a lo largo de tantos meses de trabajo, detalles anecdóticos e incidencias. Veremos a la joven y bellísima actriz Milya Roman ejerciendo como hilo conductor del documental, entrevistando o dando la palabra a diversos protagonistas que nos cuentan sus impresiones. (En este punto, hago notar que Milya, naturalmente, sigue el guion, que es de Arantxa Aguirre). Pues bien, al comienzo de la película Milya Roman nos habla de que el trabajo duró 9 meses, y comenta “*como un embarazo*”... Y he aquí que una de las cosas que pasan durante este período es el embarazo de una bailarina solista, con destacado papel en la representación, y es maravilloso que se nos haga partícipes de ello, y comprobar la brevedad, el carácter escueto con que se narra el pequeño cataclismo que ello supone para el director del ballet y la inmensa responsabilidad y alegría que recae inesperadamente en otra bailarina, la elegida para suplir a la embarazada.

Más adelante, ya en Tokyo y en vísperas del estreno, viviremos otro accidente de muy distinto signo, a la vez pequeño y muy traumático: la lesión de una bailarina durante un ensayo, un esguince que le impedirá estar en el estreno. Viendo la escena, “nos duele el tobillo” y quisiéramos abrazar a la desconsolada criatura... En definitiva, a lo largo del documental insisto en que no solo **vemos**, sino que **vivimos** el montaje del espectáculo, con todo lo que tiene de representación y de celebración de la música, y aun de la propia vida.

Se inicia *Dancing Beethoven* con una culta referencia al monje benedictino Henri de Lausanne, de la segunda mitad del siglo XII, y la simbólica imagen del rosetón de la catedral de Lausanne, con dos cuadrados contenidos en un

círculo: la idea del círculo, símbolo del ciclo existencial, de la continuidad vida-muerte-resurrección, es explicada en el documental por el Profesor Miura como significativa del pensamiento “zen”. El círculo ha sido profusamente manejado por Béjart en sus ballets: en *La consagración de la primavera*, en el *Bolero* y por supuesto en la *Novena*, como veremos a lo largo de la película y, muy especialmente, en los planos postreros, filmados en picado, en un final emocionante que en el que vemos los círculos concéntricos de los bailarines que ligan con el círculo del rosetón de la catedral de Lausanne de donde ha partido el film, otorgándole un significativo sentido cíclico.

En fin, después de haber espiado a los protagonistas durante su trabajo; después de haber conocido incidencias tan notables acaecidas a lo largo del laborioso montaje; después de haber visto ejercicios individuales de bailarines y de músicos en los momentos previos a las actuaciones, preparando su cuerpo, concentrándose y tratando de atemperar sus nervios; después de haber asistido a tan sabios consejos de los maestros del ballet a sus pupilos; después de haber escuchado tan agudas reflexiones sobre las obras de Beethoven y de Béjart, hechas por teóricos ilustres, por protagonistas del ballet (bailarines y coreógrafos) y por el director musical, el maestro Zubin Mehta..., no nos quedará sino rendirnos ante la calidad y la belleza de la obra de Arantxa Aguirre que inmediatamente vamos a disfrutar.

Cuando acabe la proyección, durante la sucesión de los créditos, estoy segurísimo de que ustedes la van a aplaudir intensamente, y esta misma noche se lo contaré a Arantxa Aguirre y estoy seguro de que la habremos hecho feliz.

(Cine Doré, sede de Filmoteca Española, 24 de noviembre de 2022)